

CAPÍTULO XII

ENCONTRANDO EL CAMINO

La década de 1940 trajo cambios importantes y decisivos en la vida de Mario Góngora. Luego de una constante búsqueda por encontrarle sentido y valor a su existencia y por descubrir cual de todos los caminos que se le habían presentado hasta el momento era el que más se avenía con su pensar y sentir más íntimo, el horizonte se disipaba marcándole el rumbo del futuro. En el ámbito más amplio –espiritual y filosófico– ya a los veinticinco años, lograba asentar definitivamente su fe planteándose frente al mundo con una cosmovisión eminentemente cristiana y católica que no abandonaría hasta su muerte. “Creo que el Cristianismo –dirá en 1976– es la última verdad; que su trascendencia es inconmensurable...”⁵¹⁵. Atrás quedarían las utopías, los “ismos” de cualquier signo y todo interés por adentrarse en la contingencia política, para asumir una postura de intelectual católico independiente.

Por otra parte, en esta década también quedó definitivamente establecido su camino en el ámbito profesional. Como sabemos, ingresó a estudiar al Instituto Pedagógico Historia y Geografía en 1940, definiéndose muy rápidamente por la disciplina histórica, su vocación primaria desde pequeño y que había surgido a partir de tempranas lecturas de carácter

⁵¹⁵Góngora del Campo, Mario, Revista *Qué Pasa*, Santiago, 19 de noviembre de 1976.

tanto historiográficas como literarias. Recordemos que ya a los dieciséis años había leído “íntegramente” la *Historia de Chile*, de Barros Arana y que se había dejado seducir por todo tipo de novelas históricas al estilo de *Ivanhoe*.

No deja de ser sintomático que paralelamente con su alejamiento de toda contingencia política, haya definido claramente su rumbo profesional. La historia, uno de sus más profundos amores, le iba a enseñar a vivir, a adquirir conciencia de su pasado y su destino, pero por sobre todo, le daría la sabiduría para comprender el mundo y a sí mismo: “sabiduría de la vida que como ha dicho Burckhardt, no hace prudentes para un momento, sino sabios para siempre”⁵¹⁶.

Fue justamente a partir de 1941, luego de su activismo político y cuando iniciaba el segundo año de pedagogía, cuando Góngora optó claramente por el trabajo fatigoso, tesonero y silencioso de investigador, desechando convertirse sólo en un trasmisor de conocimientos dentro del sistema educacional chileno. Si bien recibió en 1944 su título profesional como profesor de Estado en Historia y Geografía, fue su grado académico de Licenciado en Filosofía con Mención en Historia el que marcó su futuro como historiador.

Sus intereses temáticos se dirigieron principalmente al estudio de la historia europea. “Al estudiar historia como especialidad –recordará años después– me interesé particularmente por la historia europea de los siglos XVI y XVII, adoptando como tema de mi tesis, un aspecto de las guerras civiles en el siglo XVII”⁵¹⁷.

Investigación acuciosa y profunda, la memoria, dirigida por Juan Gómez Millas, su profesor de historia universal, fue titulada “Conflictos religiosos y sociales del Estado y la burguesía en Inglaterra en los siglos XVI y XVII”⁵¹⁸.

⁵¹⁶Góngora del Campo, Mario, *El Mercurio*, 26 de agosto de 1976

⁵¹⁷Góngora del Campo, Mario, “Account of my career”, *op. cit.*

⁵¹⁸Góngora del Campo, Mario, *Los conflictos religiosos y sociales del Estado y la burguesía en Inglaterra en los siglos XVI y XVII*, Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1944.

Juan Gómez Millas ya era toda una institución en el departamento de Historia del Pedagógico. Había sido su director en 1928, siendo reconocido como un excelente profesor, “intelectualmente duro, que exigía, y mucho, y que se basaba en las fuentes documentales y en los grandes historiadores tanto antiguos como modernos: ingleses, franceses y alemanes”⁵¹⁹. Julio Heise lo recuerda como un académico que “no pasaba estrictamente la materia, sino que desarrollaba grandes temas comprendidos en ella. Era el sistema alemán”⁵²⁰.

Don Juan no tardó en darse cuenta de las capacidades intelectuales de Mario Góngora, convirtiéndolo tempranamente en su ayudante. En una de las últimas entrevistas que concediera antes de morir, recordó con gran cariño a su antiguo alumno calificándolo como “inteligente y estudioso”, aunque sin capacidad para la acción. “No creía en la tecnología, que es como no creer en la luz del sol”⁵²¹. El ex rector de la Universidad de Chile, discrepaba abiertamente en este punto con Góngora quien nunca fue afecto a la “modernidad” y se preciaba de ello.

Pese a sus discrepancias, Góngora tenía gran aprecio por su profesor, tanto así que fue al único a quien le brindó alguna vez un homenaje público. En efecto, en 1963, escribió un artículo para *El Mercurio* titulado “Significación de Juan Gómez Millas para el pensamiento histórico de Chile”, en donde traza un perfil elogioso de su personalidad y trabajo universitario. “Hemos querido –señalaba allí– presentar brevemente algunos rasgos, captados en veinte años de comunicación, de una personalidad intelectual chilena de rango: un hombre

⁵¹⁹Arancibia C., Patricia, Góngora E., Alvaro y Vial C., Gonzalo, “Testimonio Histórico: Juan Gómez Millas”, en: *Dimensión Histórica de Chile*, Nº 3, Santiago, Depto. Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1986.

⁵²⁰Arancibia C., Patricia, Góngora E., Alvaro y Yávar M., Aldo, “Testimonio Histórico: Julio Heise González”, en: *Dimensión Histórica de Chile*, Nºs 4-5, Santiago, Depto. Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987-88.

ajeno al basto criollismo mental; un hombre en que descuella el entusiasmo de especulación, el amor intelectual a la vida, alimentado en la meditación de la historia, como fuente de autoconocimiento; en fin, un espíritu que ha estado siempre en búsqueda”⁵²².

Con todo, la verdad es que Mario Góngora no se sintió nunca “formado”, como historiador, por los profesores que componían su facultad en la Universidad de Chile. Esta no fue más que “el marco administrativo”⁵²³, en la cual pudo desenvolverse: “Una declaración autobiográfica: cuando dije en mi crítica (se refiere a la obra de Sergio Villalobos, *Historia del Pueblo Chileno*) que yo no debía mi formación histórica al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, no lo hice para restarle méritos, ni porque quisiera ensalzar a otras instituciones docentes, sino porque ingresé a aquél Instituto a los 24 años de edad, y ya tenía tras de mí apasionadas lecturas juveniles, veneraciones y admiraciones, influencias personales e influencias ideológicas: es decir toda una vida intelectual personal en germen”⁵²⁴.

De hecho, las páginas de este libro así lo reflejan: Mario Góngora se consideró siempre un “autodidacta”, aunque fue el “marco” de su estancia en la universidad el que le permitió ahondar en los temas que desde su juventud más temprana lo apasionaban. “Desde 1940 en adelante, aproximadamente, aparte de mi entusiasmo por el pensamiento francés, adquirí gran interés en las fuentes del pensamiento alemán y tuve

⁵²¹Arancibia C., Patricia y otros, “Testimonio Histórico: Juan Gómez Millas”, *op. cit.*

⁵²²Góngora del Campo, Mario, “Significación de Juan Gómez Millas para el pensamiento histórico en Chile”, en: *El Mercurio*, Santiago, 25 de agosto de 1963.

⁵²³Góngora del Campo, Mario, Reseña al Libro de Sergio Villalobos, *Historia del Pueblo Chileno*.

⁵²⁴Góngora del Campo, Mario, “Carta al Director de Hoy”, en: *Revista Hoy*, Santiago, 4 al 10 de mayo de 1981.

mucho contacto con ellos. Ambas tradiciones –señalaba en 1982– siguen siendo fundamentales para mí”⁵²⁵.

Pero pese a su marcada opción por la tarea investigativa y la docencia universitaria, a los veintisiete años no podía darse el lujo de vivir dependiente de su madre. Hasta ahora, los escasos recursos que recibía los compartía con ella, pero no bastaba. Como es habitual todavía hoy en día, los honorarios de los ayudantes-alumnos en las universidades eran casi inexistentes por lo que se vio obligado a buscar trabajo como profesor secundario. Según sus propios comentarios, él nunca tuvo vocación de educador y “si he tenido que ser profesor, ha sido como una manera de ganarme la vida, como se dice vulgarmente. No, no soy pedagogo ni tengo tal vez mucha capacidad ni condición pedagógica... pero, en los primeros años, tuve que hacer clases por motivos económicos en liceos, pero tratando siempre de situarme en los cursos más superiores que son menos numerosos porque no sirvo para cursos de masas”⁵²⁶.

En efecto, ya en 1943 la revista *Toma y Lee* del Colegio San Agustín lo consignaba como profesor de Historia y Geografía en cuarto y sexto de humanidades, situación que se repetirá para el año 1944. Junto a él, aparecen como profesores de la misma asignatura, el padre Alfonso Escudero, Víctor Guajardo, Arturo Ducoing y en Educación Cívica, Javier Raposo⁵²⁷.

Como brillante ex alumno, poco le debe haber costado ingresar al San Agustín. Sus necesidades básicas de alojamiento y comida estaban cubiertas en su casa de Domeyko, por lo que si bien su situación económica era difícil no lo era más que el de la mayoría de sus compañeros universitarios. Con todo, Mario Góngora sabía que más temprano que tarde tenía

⁵²⁵ Collier, Simon, *op. cit.*

⁵²⁶ Alumna de Periodismo de la Universidad Católica, *op. cit.*

⁵²⁷ Revista *Toma y Lee*, N^{os} 21 y 22, Colegio San Agustín, Santiago, Imprenta Gutenberg, diciembre de 1943 y diciembre de 1944.

que independizarse logrando una autonomía financiera que le permitiera también pensar en el matrimonio.

De este tiempo son los trabajos de traducción que comienza a realizar para la editorial Zig-Zag. El primero correspondió a una de las obras de Selma Lagerlof, *El anillo de los Lowenskold*. Góngora tenía especial predilección por esta autora sueca, primera mujer en ganar el Premio Nobel de Literatura y a quien leía desde 1934. Gran interés le había provocado la lectura de *La Saga de Gosta Berling* y *El viaje Maravilloso de Nils Holgersson*⁵²⁸. Por otra parte, tenemos información que también tradujo del francés la *Biografía* escrita por Werfel a Bernardette de Soubiroux, aunque esta versión no está en circulación como la de la Lagerlof⁵²⁹.

Así, los primeros años de la década del 40 fueron para Góngora de gran actividad intelectual. Los estudios, la ayudantía con Gómez Millas, las traducciones, la preparación de su tesis de licenciatura y las clases en el Liceo San Agustín ocupaban gran parte de su tiempo. Pero no por ello descuidaba su religiosidad. Lector infatigable de la *Biblia* (lo sería siempre) fue este el período de mayor acercamiento al padre Juan Salas, a quien —como ya señalamos— acompañó en su dolorosa enfermedad hasta 1944, año de su fallecimiento.

Su círculo de amigos era reducido pero de gran fidelidad. Entre ellos, se destacaba Oscar (Tito) Gana, arquitecto, con el cual había logrado construir una bonita y recíproca relación que se mantuvo por largos años. Por otra parte, era miembro y asiduo visitante del hermético grupo que pululaba en torno a Juan Borchers y a Isidro Suárez, como también no desatendía la amistad con Armando Roa, Jorge Marshall y Roque Esteban Scarpa.

⁵²⁸Ver Apéndices de Libros leídos por Mario Góngora.

⁵²⁹Lagerlof, Selma, *El anillo de los Lowenskold*, traducción de Mario Góngora, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982. La información sobre la traducción de la Biografía de Bernardette, nos las entregó la señora María Helena Díaz de Góngora.

Con este último, Mario Góngora tuvo una relación muy estrecha por estos años. Volvían a coincidir, pero ahora en el Pedagógico y en el colegio Saint George. Scarpa había logrado ganar un concurso de oposición en el Pedagógico para la cátedra de Literatura, en gran parte, gracias a la ayuda que le brindó su amigo Góngora. Con gran paciencia, recuerda el propio Scarpa, "Mario me fue haciendo síntesis histórico-culturales para que yo pudiera insertar los autores y temas de la literatura universal. Lo único que le pedí después de noches de trabajo en conjunto fue que no asistiera al examen público. Yo le decía que me iba a poner muy nervioso pensando que él iba a estar escuchando. No fue. Tengo que reconocer la deuda que le tengo"⁵³⁰.

El otro lugar de encuentro de ambos amigos fue el Colegio Saint George, ubicado en ese entonces en Pedro de Valdivia con Pocuro. Esta vez Scarpa apadrinó a Góngora para que éste tomara las clases de historia en el establecimiento donde él ya era profesor de Castellano. Para Góngora esta era una buena oportunidad para aumentar sus ingresos. Corría el año 1946 y si bien desde el año anterior había sido contratado en la facultad como "Jefe de trabajos"⁵³¹, el sueldo era paupérrimo. Su misión era realizar un seminario con lectura de textos en el área de historia universal. En 1945 había guiado un taller con lecturas de textos de Maquiavelo y Hobbes⁵³² y para el año 46 debía preparar uno en torno a las "Ideas e Instituciones políticas de la Edad Media española" sirviéndole de base para el estudio las Siete Partidas de Alfonso X⁵³³.

⁵³⁰Arancibia C., Patricia y Góngora E., Alvaro, *Entrevista a Roque Esteban Scarpa*, op. cit.

⁵³¹Collier, Simon, op. cit.

⁵³²Góngora del Campo, Mario, "Seminario con lectura de textos de Maquiavelo y Hobbes", en: Revista *Clío*, N^{os} 15-16, Año XII, Santiago, noviembre-diciembre de 1945.

⁵³³Góngora del Campo, Mario, "Reseña del Seminario sobre Ideas e Instituciones Políticas de la Edad Media española", en: Revista *Clío*, N^{os} 17-18, Año XIII, Santiago, noviembre de 1946.

Su trabajo en el Saint George era radicalmente diferente. Debía enfrentar a alumnos de no más de quince y dieciséis años, no necesariamente con buena disposición y motivación hacia la historia. Además él no se sentía, como hemos visto, un buen pedagogo. Sin embargo, los testimonios de sus ex alumnos dicen lo contrario: “Probablemente Ud., no se acuerde de mí –le escribía Carlos López U., con motivo del Premio Nacional de Historia obtenido en 1986– joven requete flojo de sus clases en el Saint George de 1946... Es mi deseo darle mis más calurosas felicitaciones... creo que más que sus publicaciones, Ud., merece el premio por la inspiración que nos dio. Pienso que Gonzalo Izquierdo, Carlos Ruiz-Tagle, Armando Uribe y otros de mis compañeros estarán de acuerdo en que más que felicitaciones, Ud. merece las gracias de todos los que fuimos sus alumnos...”⁵³⁴.

Similares son los conceptos emitidos por Crescente Donoso y Carlos Ruiz-Tagle. El primero, también ex alumno lo escribe por las mismas fechas: “Desde la época ya lejana del colegio recuerdo que siempre nos impresionó la seriedad de su vocación y su forma personal de servirla. Por eso, a pesar de nuestro general salvajismo escolar, lo respetábamos a Ud., muy sinceramente”⁵³⁵.

Caso especial es el de Carlos Ruiz-Tagle, con quien Góngora cultivó una gran amistad. Director del Museo Benjamín Vicuña Mackenna, fue ese el lugar de encuentro entre el profesor y el ex alumno quien cada vez que podía expresaba públicamente su admiración y cariño por el “maestro”. Fue un artículo titulado “El antifrívolo”, escrito en homenaje a Mario Góngora⁵³⁶ el que posteriormente dio paso a que publicara el

⁵³⁴López Urrutia, Carlos, *Carta a Mario Góngora con motivo de la obtención del Premio Nacional de Historia*, 1986.

⁵³⁵Donoso, Crescente, *Carta a Mario Góngora con motivo de la obtención del Premio Nacional de Historia*, 1986.

⁵³⁶Ruiz-Tagle, Carlos, “El Antifrívolo”, en: Revista *Atenea*, referencia.

libro "Los antifrívulos", conjunto de "retratos" de aquellos personajes que tuvieron una influencia poderosa en su vida.

Allí, los recuerdos de su antiguo profesor del colegio son tan vivos y chispeantes que nos permiten recrearlos como si fuera ayer: "Llegaste... y a nosotros, tan flacuchento eras entonces, se nos imaginó que había llegado Stan Laurel, el de Laurel y Hardy. Y alguien te lo dijo y tú te fuiste poniendo colorado desde el cuello para arriba, de una manera que no era la de Stan Laurel. Stan Laurel: Qué formidables eran tus clases de Historia. Resultabas muy exigente. Por eso te recordamos todos: porque eras exigente. De los profesores blandos uno se olvida. Te vestías siempre de oscuro. Tus ojos tenían una mirada y otra mirada adentro, esta segunda era la que nos penetraba. Tus ojos tenían, Mario Góngora, una lucecita. Tú nos enseñaste que el hombre valía por lo que sabía, no por lo que tenía... Muchas veces te llamábamos Góngora, así, pelado. El segundo apellido era particularísimo: Del Campo. No nos parecía adecuado. Como que no empalmaba con el personaje. Porque un sabio era algo eminentemente urbano, nada de campo. Además, los sabios no tienen segundo apellido, porque de alguna manera éste desvirtúa el poder del primero. ¿Quién sabe el segundo apellido de Einstein, de Pascal, de Descartes? La palabra Góngora, esdrújula, te definía por entero. Además, te emparentaba con el otro, con Luis de Góngora, el español. El mismo mentón, la misma frente. El otro se daba de una manera recovequeada, pero tú te dabas sencillamente. Y te dabas no sólo como Góngora, sino como Napoleón, como Rasputín y, a veces, hasta como Jesucristo. Cuando te dabas como Jesucristo lo hacías en francés, y en la métrica de Charles Peguy. Nos leíste una vez *La porche du Mystere de la Deuxieme Vertu* y entendimos todo, a pesar de no dominar el francés... Y eso no sería todo. Ahí estaban tus alumnos, enriquecidos con la riqueza de veras. Los que criaste en un pizarrón, con letra chiquitita, donde anotaban acontecimientos, fechas, nombres de reyes y emperadores. Hacía una flecha, borrabas de repente, surgía una cruz: alguien

había muerto. Estos signos salían de una cabeza que no había seguido sólo una línea de pensamiento durante toda la vida, lo que podría preocuparles a los dogmáticos. Como si no tuvieras derecho a pensar según tus cánones”⁵³⁷.

Góngora había demostrado que no sólo tenía derecho a pensar según sus propios cánones sino que era capaz de hacerlo.

“Extraordinariamente enérgico” a la hora de preparar y enseñar a sus alumnos —“usaba como arma un puntero de madera aguzada con el cuál señalaba súbitamente a quien deseaba indicar”⁵³⁸—, daba muestras de enorme comprensión a la hora de los exámenes. Las comisiones de historia en los colegios particulares eran en ese tiempo temibles. Cuenta Ruiz-Tagle que en una ocasión le preguntaron como se llamaban los protestantes franceses y Góngora, echando un poco para atrás la silla le hizo unos ruidos semejantes a los de una locomotora —Uuuuuuuu— hasta que él pudo contestar, hugonotes señor⁵³⁹.

Pero su paso por el Saint George no sólo le trajo la satisfacción intelectual de saber que, con todo, estaba formando a un grupo humano el cual, sin que él lo imaginara, lo recordaría con enorme afecto y cariño. Allí tuvo la ocasión de conocer a “Miss Helen”, su futura esposa, la cual se desempeñaba como profesora de inglés en el mismo colegio. Amiga de Roque Esteban Scarpa, éste se le acercaba siempre a conversar en los recreos. “Yo le tenía mucha simpatía a María Helena. Conocía la obra de su padre, Don Aurelio Díaz Meza. Me fascinaban sus *Leyendas*. Además ella era tan encantadora, tan simpática, tan llana. Yo hablaba mucho con ella y Mario, que la veía con otros ojos, me usaba como puente para acercársele”⁵⁴⁰.

⁵³⁷Ruiz-Tagle, Carlos, *Los antifrívulos*, op. cit.

⁵³⁸Ruiz-Tagle, Carlos, *Memorias de Pantalón Largo*, Santiago, Editorial Universitaria, 1984.

⁵³⁹*Ibid.*

⁵⁴⁰Arancibia C., Patricia y Góngora E., Alvaro, *Entrevista a Roque Esteban Scarpa*, op. cit.

Quien los presentó, a fines de 1946, fue, sin embargo, otro profesor de Castellano, Misael López, del cual Góngora siempre estuvo agradecido. No había mucho tiempo para conversaciones en el colegio, por lo que a las cuatro y media de la tarde, cuando se acababan las clases, María Helena con Roque y Mario se iban caminando por Pocuro hacia el poniente pasándola a dejar a su casa de Seminario. Al parecer, fue amor a "primera vista". El 27 de septiembre del año siguiente contraían matrimonio.

La ceremonia religiosa tuvo lugar en la Iglesia de la Asunción y tuvo carácter privado. El padre Oscar Larson ofició la misa y aparte de los familiares de los novios asistieron los amigos más íntimos y un grupo de alumnos del colegio.

Los recién casados tuvieron que partir rápidamente a España porque luego de optar al título de profesor extraordinario de historia en la Universidad de Chile durante el curso del año 1946, el rector, Juan Gómez Millas, lo había designado para realizar un viaje de investigación a Sevilla al cual tenía que presentarse a más tardar en noviembre de 1947.

De aquí en adelante, comienza una nueva vida para Mario Góngora, la del hombre de familia y la del historiador. Atrás quedaban sus años de juventud con todas las implicancias que ésta le había significado. Sin embargo, sus años de búsqueda no terminaron nunca. Quizás, cuando se encontró con Dios.